

NECROLOGICA

Otra vez cojo la pluma para escribir crónica de penas. Si siempre nuestra sensibilidad ofrece resistencia a que el espíritu discorra sobre temas de tristeza, esta resistencia es mayor aún en este caso, por que escribo de la muerte de un amigo de la infancia y no solo amigo sino tambien compañero de colegio. Esto visto desde la vejez se asemeja a la hora de arrancar una planta con raíces muy hondas

Como dice la precedente esquela, el día trece del corriente mes a las once, confortado con los auxilios espirituales, falleció en esta ciudad Don Juan Diego Pérez de la Cuesta. Su muerte es la síntesis y el premio de su vida. Esto es lo corriente se me dirá, y ello es cierto pero con cuantas diferencias. La hora suele ser la síntesis de una vida. La inquietud y el miedo al más allá, que a tantos moribundos horroriza, suele ser tambien la síntesis de la vida vivida fuera de ideales cristianos. La placidez en los sufrimientos, la conformidad con la desgracia, la serena mirada al más allá suele ser la síntesis de una vida cristiana. Así



EL SEÑOR

D. Juan Diego Pérez de la Cuesta

ABOGADO

Falleció el día 13 a las 11 de la mañana
a los 59 años de edad, después de haber recibido los
Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad

D. L. H. D. S. S. G.

Su desconsolada esposa Doña Augustias Soler Flores; sus hijos Don Antonio Ramón, Doña María de la O, Don Miguel, Don Juan Diego, Don Jesús, Don José y Don Carlos; hijos políticos Doña Antonia Alarcón y Don Loto Bóitia; hermanos, hermanos políticos, primos, sobrinos y demás parientes, ruegan y agradecerán le encomienden a Dios en sus oraciones.

ha muerto Juan Diego, con la cara mirando al porvenir, tranquilo, con la tranquilidad cristiana que no es de necia pre-

sunción sino de esperanza firme en inefables ofrecimientos. Y no solo ha sido su muerte la síntesis y el premio de

su vida sino tambien lo ha sido el cuadro todo que la ha acompañado. ¿Quereis hacer una fotografia de ese moribundo o de ese cadáver ya? Enfocad la máquina hacia la esposa y los hijos e hija que le rodean. Ved después la placa impresionada y vereis qué esposo y qué padre sale allí fotografiado. Qué ejemplaridad de cariño, de abnegación, de fé, de silencio, en el cuadro de esa esposa y de esos hijos; de esos hijos que pasan la noche de rodillas orando por su padre difunto, como pasaron las noches anteriores al lado de la cama, de rodillas, dando cariñosa escolta a la muerte que se aproximaba, con la esperanza de obtener así de ella, que fuera algo compasiva; de esa hija que tuvo entregada su mano a su padre mas de diez y seis horas seguidas y que después de muerto colocó junto a la de él su cabeza en el atahud y allí estuvo horas y horas hasta que desfallecida la retiraron. ¡Qué síntesis y que premio!

Y si así premian los hombres y los alabamos por que dan, los que más, el uno por uno cómo le habrá recibido Dios que da más del ciento por uno?

Manuel Gutierrez.

SONETO

A la muerte de mi inolvidable
amigo Juan Diego Pérez
de la Cuesta

Bajo un mar de dolor y un mar de llanto
y abrazado a tu pecho un Crucifijo,
veías la eternidad con regocijo
sin que la muerte te causara espanto.

No tuviste un momento de quebranto
cada instante a tu fé, más fuerte y fijo.
Y al tiempo que una mano te bendijo,
te vi morir como se muere un santo.

En el triste clamor que dan al viento
los bronces al doblar, vibra el acento
de una amistad que en su sentir suspira.

Y en él se elevó una oración cristiana,
mientras plañó a la vez que la campana
los acordes más tristes de mi lira.

J. M. A. de Sotomayor.

EN MEMORIA

Casi le he visto morir. Vi también cerrar su fosá, y todavía pretendo alentar ideas de alucinación, en esta hora en que las duras garras de la realidad atenzan nuestras siemas.

Ni el certero augurio de la ciencia; ni los estragos mismos del mal, que nos hablaban tan alto; fueron bastantes tampoco a hacernos creer en las cercanías de la tragedia. Y es que el pobre corazón humano ajusta mejor su ritmo a las suaves fuerzas de la esperanza, que a las violentas sacudidas del dolor.

Si ha muerto, sí. Lo dice mi llegada junto a él sin que se haya levantado a estrecharme. Lo dice el demudado rostro de aquellas mujeres a quienes mantengo en pié la energía misma del sufrimiento. Lo dicen aquellos labios convulsos que, como epilogo de tenebrosas recordaciones, sellan a cada momento la marmórea y venerable

frente. Lo dice el abrazo interminable de esos muchachos, a quienes la inenarrable emoción más que el peso de la preciosa caja que conducen, les hace vacilantes el andar. Lo dice el afectivo silencio de cuantos presencian el paso del cortejo, y el recogimiento enorme de los que lo forman en número incontable. Lo dicen las plegarias del sacerdote implorando el perdón de Dios, mientras escapan lágrimas de nuestros ojos. Lo dice, en fin, la nerviosidad de esta pluma, tosca y premiosísima de siempre, negándose ahora a convertir en letras las desmedradas y dolidas ráfagas de mi pensamiento...

Ha muerto, sí. Mi fraternal y caballeroso amigo Juan Diego Pérez, ha muerto!

Baltasar Bravo.

ES DE JUSTICIA

Conocemos la actitud de nues-

tra primera Autoridad con respecto al asunto de tan trascendental interés que en números anteriores venimos tratando de Guazamara, se ha hecho perfecto cargo de la justa necesidad de estos vecinos y no es posible que se continúe por mas tiempo sin dar solución a un problema tan humano: no hay Médico, ni botiquín, -gracias al celoso y culto Párroco D. Rafael Vazquez que aparte de su exculpable misión, atiende también a los enfermos como un practicante, y en muchas ocasiones les aplica la medicina y se encarga cuando mueren de poner una tarjeta al Médico de Cuevas rogándole que extienda la papeleta de enterramiento: esto no ocurre en ningún país culto, ni donde haya cristianos.

Son setecientos cincuenta vecinos los que en la actualidad